

## **El Limbo y la Cuarentena**

**De José Abelardo Servin**

Por supuesto, de algún lado habían salido esos pensamientos que tenía tan metidos en la cabeza.

Recuerdo en el “Rasore” cuando un hermano marista de segundo grado la arremetía contra nuestro espíritu, allá por el año 1958, explicándonos para que lo tuviéramos bien claro, esas cuestiones tan trascendentes como el cielo, el infierno y el purgatorio.

Parado frente al auditorio petrificado ante su dialéctica, señaló un reloj de péndulo que adornaba el salón, mientras se filtraban tibios rayos de luz por las cortinas de voile que cubrían las dos ventanas que daban al patio de recreos, en aquella mañana de invierno.

Todos, como formando parte de un ejército acostumbrado a los rigores de la rutina militar, dirigimos raudamente nuestras miradas hacia el reloj de péndulo, que colgaba en la pared a nuestra derecha. “En el infierno” - dijo el maestro hermano marista católico apostólico y romano – “hay un reloj como éste, del que sale una voz firme y profundamente grave que recita, al compás del movimiento pendular, la frase: “Nunca Jamás....Nunca Jamás” - .Así, debíamos aprender que el fuego que quemaría nuestros cuerpos muertos, pero vivos para el eterno sufrimiento, duraría para siempre. Y que, hacia allí nos dirigiríamos con solo haber cometido un pecado mortal, por caso, no haber ido a misa un domingo.

Y vaya que me aprendí la frase. Aún permanece incrustada en mi mente, desde hace más de sesenta años.

Pero (siempre hay un “pero” en un relato que se precie de tal) también existía la posibilidad en esas eternas tarifas, de pasar, previo a ir al cielo, por el purgatorio al que se podía concurrir en el más allá de aquí, por haber cometido un pecado venial, por caso, decir alguna mentira.

Pero (siempre hay un segundo “pero” en todo relato que se precie de tal, cuando se quiere significar que efectivamente se precia de tal) también existía la posibilidad de ir al “Limbo” una vez pasado el umbral del más allá. Que era, entendía yo, por aquellas épocas de mi niñez, la tercera opción que se daba cuando no cuajaba la primera con los

pecados mortales y la segunda con los veniales, pero algo había para impedir llegar al cielo. Era, un lugar entre el cielo y el infierno que no era el purgatorio. ¿Se entiende?

El limbo era un lugar al que acudíamos también en esta vida, pero, evidentemente, con un paso en el más allá del aquí y ahora, cuando por caso, nos distraíamos en clase y abruptamente volvíamos al aquí y al ahora con un coscorrón en la cabeza y la voz del maestro que decía: ¡Estás en el limbo!

Pasaron los años, algunos, y aquí estoy en el aquí y ahora, que no es el aquí y el ahora que tenía conocido. Aquí estoy en el ahora que no es ni el cielo ni el infierno ni el purgatorio. Lugar desde el que puedo ver el más allá estando acá o el más acá estando más allá.

Lugar desde el que puedo ver a mis seres queridos, mis hijos, mis nietos, mis amigos, mis amigas y hasta puedo comunicarme con ellos, pero desde lejos a pesar de estar cerca. Verlos desde otra dimensión, como en una película, ¿viste?